

que ocurría. Pero cuando vió, por primera vez en su vida, rodar hacia sí un gran carruaje, tuvo miedo del ruido que hacía, y empezó á tirar de la Sabel hacia el prado por donde acababan de venir. La Sabel creyó que el niño comprendía la suerte que le esperaba, y le dijo:

—¡Vamos, mi pobre Francisco, es preciso!

Estas palabras le asustaron todavía más. Creyó que la diligencia era un monstruo que corría siempre y le iba á devorar. Él, que era tan audaz en los peligros que conocía, perdió la cabeza y huyó por el prado dando gritos de terror. La Sabel corrió tras el muchacho, pero al verle pálido como una criatura que va á morir, el valor le faltó completamente. Le siguió hasta el extremo del prado y dejó pasar la diligencia.

III

Volvieron por los mismos pasos, hasta medio camino del molino, y el cansancio los obligó á detenerse. La Sabel estaba inquieta de ver temblar al niño de pies á cabeza y palparle el corazón tan fuertemente que le levantaba su pobre camisa. Le hizo sentar y trató de consolarlo. Pero ni ella misma sabía lo que se decía, y Francisco no se hallaba en estado de adivinarlo. Sacó de su cesta un pedazo de pan y quiso persuadirle á que comiera; pero él no tenía gana y permanecieron allí largo rato en silencio.

Por fin, la Sabel, que volvía siempre á sus reflexiones, se avergonzó de su debilidad y se dijo que si reaparecía en el molino con el muchacho, estaba perdida. Hacia el mediodía pasaba otra diligencia, y resolvió descansar allí hasta el momento oportuno para volver á la carretera; pero como Francisco estaba asustado hasta perder el poco juicio que tenía, y como, por primera vez en su vida, era capaz de oponer resistencia, trató de hacerle perder el miedo á los cascabeles de los caballos, al ruido de las ruedas y á la velocidad del gran carruaje.

Pero, al tratar de darle confianza, dijo más de lo que quería; quizá el arrepentimiento le hacía hablar

sin querer; ó bien Francisco había oído al despertar, por la mañana, ciertas palabras de la tía Blanchet que le venían á la memoria; ó quizá sus pobres ideas se aclaraban de pronto á la proximidad de la desgracia. Lo cierto es que se puso á decir, mirando á la Sabel con los mismos ojos que tanto habían asombrado y casi asustado á Magdalena:

— ¡Madre, tú quieres echarme de aquí!, ¡quieres llevarme muy lejos y dejarme!

Y recordó la palabra *hospicio*, que mas de una vez había pronunciado delante de él. No sabía qué era el hospicio, pero le pareció algo más espantoso todavía que la diligencia, y exclamó temblando:

— ¡Quieres meterme en el hospicio!

La Sabel se había adelantado demasiado para retroceder. Creía al niño más enterado de su suerte de lo que estaba, y, sin pensar que no hubiera sido difícil engañarlo y desembarazarse de él por sorpresa, se puso á explicarle la verdad y á querer hacerle comprender que sería más feliz en el hospicio que con ella, que cuidarían más de él, que le enseñarían á trabajar, que le colocarían por algún tiempo en casa de alguna mujer menos pobre que ella que aun le servía de madre.

Estos consuelos acabaron de desolar al expósito. El desconocimiento del tiempo venidero le asustó más que todo lo que la Sabel trataba de hacerle ver para quitarle las ganas de vivir con ella. El niño quería, por lo demás, y quería con todas sus fuerzas á aquella



LE LAVARON LAS HERIDAS Y RESTAÑARON LA SANGRE CON SUS PAÑUELOS

madre ingrata que no le amaba tanto como á sí misma. También quería á otra persona, casi tanto como á la Sabel: á Magdalena; pero la quería sin saberlo y no dijo de ello una palabra. Solamente se echó al suelo sollozando, arrancando la hierba con sus manos y cubriéndose con ella la cara, como si le hubiese dado un ataque nervioso. En cuanto á la Sabel, inquieta é impaciente de verle de aquel modo, quiso levantarlo á la fuerza con amenazas, pero él se golpeó la cabeza tan fuertemente en las piedras que se ensangrentó horriblemente, y ella vió el momento en que el niño iba á matarse.

Quiso Dios que acertase á pasar entonces Magdalena Blanchet, que nada sabía de la marcha de la Sabel y del niño. Había ido á casa de la señora Presles para entregarle la lana que le había dado á hilar muy fina, pues era la mejor hilandera del país. Había cobrado el importe de su trabajo, y volvía al molino con diez escudos en el bolsillo. Iba á pasar el río, por uno de esos puentecillos de tabla á flor de agua como los hay en las praderas de aquella comarca, cuando oyó lastimeros gritos y reconoció de pronto la voz del pobre expósito. Corrió hacia allí, y vió al niño cubierto de sangre que forcejeaba en brazos de la Sabel. De pronto no comprendió lo que ocurría; pues, al ver aquello, hubiérase dicho que la Sabel le había herido de mala manera y quería deshacerse de él. Y lo creyó tanto más, cuanto que Francisco, al verla, echó á correr hacia ella y se agarró á su falda gritando:

4

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"FRANCISCO EL EXPÓSITO"
1625 MONTERREY, MEXICO

— ¡Señora Blanchet, señora Blanchet, sálveme!

La Sabel era alta y fuerte, y Magdalena era pequeña y delgada como un junco. Sin embargo, no tuvo miedo, y, en la idea de que aquella mujer, alocada, quería asesinar al niño, le cubrió con su cuerpo, bien determinada á defenderlo ó á dejarse matar mientras él escapase.

Pero no fué menester que mediaran muchas palabras para explicarse. La Sabel, que tenía más pena que cólera, contó las cosas como eran, lo cual hizo que Francisco comprendiese toda la desgracia de su estado, y, esta vez, el muchacho se hizo cargo de lo que oía, con más inteligencia de la que nunca se le hubiera supuesto. Cuando la Sabel lo hubo referido todo, él empezó á agarrarse á las piernas y á las faldas de la molinera, diciendo:

— ¡No me despida, no me deje despedir!

É iba de la Sabel que lloraba, á la molinera que lloraba aún más, diciendo toda clase de palabras y de súplicas que no parecían salir de su boca, pues era la primera vez que encontraba el medio de decir lo que quería.

— ¡Oh, madre, madrecita mía!, decía á la Sabel; ¿por qué te quieres separar de mí? ¿Quieres que me muera de la pena de no volverte á ver? ¿Qué te he hecho yo para que ya no me quieras? ¿No te he obedecido siempre en todo lo que me has mandado? ¿He obrado mal? ¡Siempre he cuidado bien á nuestros animales, tú misma lo decías, tú me besabas todas las noches, tú me

decías que yo era tu hijo, tú nunca me dijiste que no eras mi madre! ¡Madre mía, deja que me quede contigo, guárdame á tu lado, te lo suplico como se suplica á Dios! Siempre te cuidaré; trabajaré siempre por ti y para ti; si no estás contenta de mí, me pegarás y yo no diré nada; pero espera, para despedirme, á que yo haya hecho algo malo.

É iba á Magdalena, diciéndole:

— Señora molinera, tenga piedad de mí. Diga á mi madre que no me despida. No volveré jamás á casa de usted, puesto que no quieren, y cuando usted quiera darme algo, yo sabré que no lo debo tomar. Iré á encontrar al señor Blanchet, le diré que me pegue y no le riña á usted por culpa mía. Y cuando usted vaya al campo, yo le acompañaré, le llevaré el niño, y le divertiré todo el día. Haré todo lo que usted me diga, y si hago algo malo, no me quiera más. Pero no deje que me despidan, no quiero irme, prefiero tirarme de cabeza al río.

Y el pobre Francisco miraba al río, acercándose á él tanto que se veía que su vida sólo pendía de un hilo, y hubiera bastado una sola negativa para hacerle ahogar. Magdalena abogaba por el muchacho, y la Sabel se moría de ganas de escucharla; pero se veía cerca del molino, y no era ya como cuando se hallaba cerca de la carretera.

— Bueno, dijo: te guardaré, bribonzuelo; pero tú serás causa de que mañana me veré en la calle pidiendo limosna. Eres demasiado tonto para compren-

der que me verá reducida á ello por culpa tuya, y de eso me habrá servido cargar con un niño que no me atañe en nada, y que no me gana el pan que come.

— Basta, Sabel, dijo la molinera cogiendo al expósito en brazos y levantándolo del suelo para llevárselo, aunque ya pesaba mucho. Tome usted, aquí tiene diez escudos para pagar su casa ó para mudarse si se obstinan en echarla de aquí. Es dinero mío, dinero que yo he ganado; yo bien sé que me lo pedirán, pero no me importa. Que me maten si quieren, yo compro este niño, es mío, ya no le pertenece á usted. No merece usted guardar una criatura de tan gran corazón, y que la quería tanto. Yo seré su madre, y no tendrán más remedio que sufrirlo. Puede sufrirse todo por los hijos. Yo me dejaría hacer pedazos por mi Juanito; ¡pues bien! lo mismo aguantaré por éste. Ven, mi pobre Francisco. Ya no eres expósito, ¿oyes? Tienes una madre, y puedes quererla á tus anchas; ella te corresponderá con todo su corazón.

Magdalena decía estas palabras sin saber bien lo que decía. Ella que era la tranquilidad personificada, tenía en aquel momento la cabeza hecha un volcán. Su buen corazón había respingado, y estaba verdaderamente encolerizada contra la Sabel. Francisco se había abrazado al cuello de la molinera, y apretaba tan fuerte que ella perdió la respiración, al mismo tiempo que él llenaba de sangre su cofia y su pañuelo, pues se había hecho varias heridas en la cabeza.

Todo ello produjo tal efecto en Magdalena, sintió

ésta á la vez tanta piedad y tanto espanto, tanta pena y tanta resolución, que echó á andar hacia el molino con tanto valor como un soldado que va al combate. Y, sin pensar que el niño pesaba mucho y que ella estaba tan débil que apenas podía llevar á su Juanito, atravesó el puentecillo que estaba mal afirmado y se hundía bajo sus pies.

Cuando se encontró en medio se detuvo. El niño se le hacía tan pesado que ella flaqueaba y le fluía el sudor de la frente. Sintióse como si fuera á desfallecer, y de pronto recordó una bonita y maravillosa historia que había leído, el día antes, en su viejo libro de la *Vida de los Santos*; era la historia de San Cristóbal llevando al niño Jesús para hacerle atravesar el río, y encontrándole tan pesado, que el temor le detenía. Volvió el rostro para mirar al expósito, que tenía los ojos en blanco. Por exceso de pena ó por haber perdido demasiada sangre, el pobre niño se había desmayado.